



ROMANCE QUICKIES

Brooke's Encounter

2

Monique DuBois

ROMANCE

ENCUENTROS ARDIENTES (EL ENCUENTRO DE BROOKE - 2)



MONIQUE DUBOIS



ROMANCE

Encuentros Ardientes
(El encuentro de Brooke - 2)

Monique DuBois
New York Times Bestselling Author

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Otros libros de Monique DuBois](#)

[Otros libros de Monique DuBois](#)

[Otros libros de Monique DuBois](#)

[Acerca de la autora](#)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Derechos de autor © 2024 Monique DuBois

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información -excepto en el caso de citas breves incluidas en artículos críticos o reseñas-, sin la autorización por escrito del autor.

DESCRIPCIÓN DE LA SERIE

En ***Romance: Encuentros ardientes (El encuentro de Brooke - 2)***, Brooke, una profesora de inglés, está decidida a tener una aventura de una noche, pero ¿la dejará un apuesto desconocido montarlo en el metro?

Siete amigas que viven en la ciudad de Nueva York. Una competencia inusual. ¿Quién puede tener la mayor cantidad de encuentros íntimos en un mes? Hay diez mil dólares en juego... ***Encuentros ardientes*** son historias breves y ardientes que siguen a un grupo de mujeres en Nueva York que compiten para ver quién puede tener la mayor cantidad de citas casuales en un mes. ¿Qué mujer se acostará con más hombres para ganar la apuesta? ¿Alguna de ellas se enamorará de sus conquistas en el camino?

Reparto de personajes:

Ella: Empresaria con curvas. Le atraen los obreros.

Shae: Modelo rubia y glamurosa. Le atraen los hombres ricos y famosos.

Nicole: Exitosa abogada de divorcios birracial. Le atraen los hombres poderosos y educados.

Allie y Ashley: Alegres gemelas rubias/enfermeras. Les atraen los médicos y los aventureros.

Malia: Agente de libertad condicional latina sexy. Le atraen los machos alfa.

Brooke: Profesora de inglés como lengua extranjera, amante de la diversión y pelirroja. Le atraen los hombres de diferentes culturas.

CAPÍTULO 1



Brooke

BROOKE DEJÓ a sus seis amigas más íntimas en Ella's Cupcakes y se dirigió a la estación de metro. Consultó su reloj. El tren llegaría en cualquier momento. Tenía diez minutos para llegar a la parte baja de Manhattan, donde había quedado con un grupo de sus estudiantes adultos de ESL en un nuevo bar de moda. Uno de ellos en particular, un sexy piloto francés llamado Jean-Paul, estaba en su mente. Planeaba seducirlo esta noche y tener un encuentro sexual que ninguno de los dos olvidaría jamás. Estaba deseando oírle susurrar dulces palabras en francés mientras la llevaba al orgasmo...

¡Cómo le gustaba el sexo! Especialmente con un hombre tan delicioso como Jean-Paul.

No podía esperar.

Se frotó los brazos mientras observaba las vías en busca del tren. Hacía frío en las entrañas de la estación de metro. Incluso gélido. Aunque su vestido de cachemira (un derroche navideño del año pasado) era cálido, llevaba las piernas desnudas porque prefería ese look con botas altas.

Volvió a mirar el reloj. *Maldita sea, espero que el tren llegue a tiempo.* Además de tener que soportar el frío, se cabrearía si empezaba tarde la apuesta que había hecho con sus amigos. Era competitiva y odiaba perder, especialmente una apuesta tan buena como ésta. Al fin y al cabo, se jugaba diez mil dólares. Y sólo tenía siete días para ejecutarla. El tiempo era esencial... y la cantidad.

Es decir, cantidad de hombres.

Y Jean-Paul era ese hombre. El primero de muchos por venir, sin juego de palabras.

¿La apuesta? Ver cuál de las siete amigas podía tener más aventuras de una noche (o "rapiditos", como ellas llamaban a los encuentros casuales) en una semana. Brooke y cada una de sus amigas habían puesto suficiente dinero para hacer un bote de diez mil dólares, y quien se acostara con más hombres en siete días ganaría el dinero. Brooke creía que era la que tenía más posibilidades de ganar el concurso, ya que no sólo tenía a Jean-Paul preparado para esta noche (lo que le daba ventaja sobre sus amigas), sino que también disponía de un flujo constante de hombres elegibles entre los que elegir: los estudiantes adultos, sexys, ricos e internacionales de su clase. Eso, en su opinión, era una clara ventaja sobre sus amigas, incluso sobre Shae, la top model. Sus amigas tenían que salir a "cazar y reunir" a sus candidatos, mientras que Brooke disponía de un grupo ya preparado.

Por suerte, era popular entre sus alumnos.

Brooke enseñaba inglés como segunda lengua en la Manhattan ESL School (o MESLS, acrónimo que le hacía mucha gracia), a la que acudían hombres de todo el mundo. Como MESLS era una escuela privada con una matrícula elevada, los estudiantes eran en su mayoría hombres de negocios internacionales bien establecidos u hombres con una herencia considerable. La escuela estaba dividida en aulas sólo para hombres o sólo para mujeres, ya que el director general consideraba que los alumnos se distraerían menos en sus estudios si las aulas estaban segregadas por sexos.

¡Qué ironía! Siendo una soltera sexual, a Brooke le encantaba tener una clase de todos hombres.

Y la querían.

Nunca había estado prohibido que los profesores de MESLS salieran con los alumnos adultos de la escuela (después de todo, la propia directora tenía un tórrido romance con un flautista de pan peruano), pero no se hablaba de ello. Brooke no creía estar traspasando ningún límite ético. Sus alumnos eran hombres de éxito de entre veinte y treinta años y todos los implicados eran adultos que consentían. La gente de otras profesiones tenía citas, así que ¿cuál era el problema?

Conocer a hombres sexys e interesantes de todo el mundo era una de las ventajas de ser profesora en una de las escuelas de inglés más prestigiosas del país.

Por desgracia, los profesores como Brooke no ganaban mucho dinero, ni siquiera en una escuela privada tan prestigiosa como MESLS. Con su apartamento de mierda y sus facturas atrasadas, necesitaba ganar esta apuesta. Tener un montón de tórridas aventuras de una noche sonaba como una forma divertida de resolver sus problemas de dinero. Le encantaba el sexo, le encantaban los hombres y los hombres se sentían atraídos por ella. Nunca había tenido problemas para llevarse a los hombres a la cama.

Aunque Brooke no era la chica más guapa de la sala (pensaba que era demasiado bajita, tenía demasiadas pecas y unos rasgos normales), había perfeccionado su encanto personal al máximo. Era alegre y enérgica, y tenía una personalidad que atraía a la gente. Tenía un enfoque desenfadado de la vida, siempre le encontraba la gracia a las situaciones y le encantaba ligar. ¡Cómo le gustaba ligar! Bromeaba a diario con sus alumnos, aunque no entendieran ni la mitad de lo que decía, porque creía que era una buena manera de que aprendieran la jerga y los modismos americanos. Su clase siempre estaba llena de risas y diversión.

También sabía cuidarse físicamente. Aunque la mayoría de la gente la consideraba anodina, sacaba el máximo partido de sus cualidades. Cuidaba su alimentación y hacía ejercicio con regularidad. Estaba bien arreglada y al tanto de las últimas tendencias. Llevaba el pelo pelirrojo cortado al estilo moderno y vestía ropa entallada que acentuaba lo mejor de su cuerpo menudo pero bien dotado.

Debido a su carácter gregario y a la atención que prestaba a su estilo personal, siempre tenía hombres llamando a su puerta, incluidos muchos de sus atractivos estudiantes internacionales. Creía firmemente que una personalidad positiva, divertida y aventurera era más deseable que la perfección física. Ella era la prueba viviente.

A veces, sin embargo, se le pasaba por la cabeza que alguno de sus estudiantes, demasiado atentos, podría estar compitiendo por la tarjeta de residencia. De hecho, su último novio de corta duración, un ingeniero alemán que decía ser pariente lejano del imperio Audi, le había propuesto matrimonio en su tercera cita. Como Brooke no estaba preparada para sentar la cabeza y le gustaba ser una mujer libre e independiente, lo rechazó.

Se había sentido decepcionado, pero lo había superado. Había cambiado de aula y, lo último que ella había oído, era que estaba liado con una compañera de Brooke de treinta y cinco años

que tenía un reloj biológico en marcha y ya había elegido los nombres de sus futuros hijos. Ella quería matrimonio e hijos. Él quería la nacionalidad. Todos salían ganando.

De todas formas, a Brooke no le importaba si alguno de sus alumnos quería la tarjeta verde. Ella no se la iba a dar. Era joven, soltera y no estaba dispuesta a sentar la cabeza a corto plazo. Le gustaba tener encuentros divertidos, coquetos y casuales, y no veía la necesidad de complicar las cosas en ese momento de su vida. De hecho, la habían acusado de ser como un chico en ese sentido. Era, según sus amigos, una "jugadora".

No siempre fue así. En el pasado, los hombres que sólo querían encuentros casuales le hacían daño. Se había cansado tanto de que los hombres que no se comprometían con ella la utilizaran y la dejaran de lado que decidió cambiar las tornas. Se dio cuenta de que dos podían jugar al juego de las citas y que era mucho más divertido no tomárselo todo tan en serio. Ahora se lo estaba pasando como nunca y disfrutaba del sexo por sí mismo. Había aprendido a disfrutar de los ligues ocasionales tanto como cualquier chico, y ahora era una maestra del juego.

Su actitud despreocupada, unida a su ventaja en las citas y a su insaciable apetito sexual, le daban una ventaja que ninguna de sus amigas tenía.

Brooke estaba segura de que no tendría problemas para ganar esta apuesta.

Y se iba a divertir haciéndolo.

Ahora todo lo que tenía que hacer era llegar al centro, dejar a Jean-Paul a solas y arrancarle la ropa.

CAPÍTULO 2



MIENTRAS BROOKE ESPERABA EL METRO, se encontró observando a la gente, como de costumbre. El andén del metro estaba lleno de gente. Era la ciudad que nunca dormía. De hecho, era la ciudad que más trabajaba. Todo el mundo iba o venía, ocupado en ganarse la vida. Incluso los vagabundos se afanaban en mendigar: hacían malabares, tocaban instrumentos o rapeaban. Todos hacían lo que podían para ganarse la vida en la gran ciudad. Brooke se sentía identificada.

Por eso tenía que ganar esta apuesta. No podía negar hasta qué punto los diez mil dólares eran un factor motivador para ella. Su alquiler era exorbitantemente alto, incluso en un apartamento de bajo presupuesto en la peor parte de Hell's Kitchen. Durante los dos últimos años, había sufrido en un cuchitril de una habitación con un montón de compañeras de piso a las que despreciaba: una mujer obsesiva-compulsiva que se olía las axilas y limpiaba los pomos de las puertas antes de tocarlos, y unas quinientas cucarachas. En realidad, prefería a las cucarachas que se escabullían que a su extraña compañera de piso, que también acumulaba tapas. No cualquier tapa. Tapas de sartenes. La primera vez que Brooke había perdido las tapas, las había buscado por todas partes, preguntándose cómo era posible que hubieran desaparecido del cajón de debajo de los fogones. ¿Cómo era posible que tuviera ollas y sartenes iguales pero no tapas? Todas sus sartenes venían con tapa... y ahora ya no estaban.

Brooke había encontrado por fin las tapas en el dormitorio que compartían con Maggie, metidas debajo de su cama junto con otras cuarenta tapas de todas las formas y tamaños. La chica debía de llevar años robándolas y acumulándolas de todas sus compañeras de piso anteriores. No era de extrañar que cambiara de vivienda tan a menudo. Brooke debería haber investigado sus antecedentes antes de firmar el contrato de alquiler. En cualquier caso, el contrato de alquiler vencía pronto y estaba impaciente por mudarse y dejar atrás a todas sus compañeras de piso. En comparación, quizá echara de menos a las cucarachas.

Sí, 501 compañeras de piso compartiendo un estrecho apartamento de una habitación en la Cocina del Infierno estaba demasiado cerca para la comodidad. Si Brooke ganaba la apuesta, pagaría un depósito por un estudio limpio y bonito con vistas al río Hudson, aunque tuviera que hacer horas extra de tutoría para pagar el aumento del alquiler. Y con el resto de sus ganancias se llevaría a un hombre guapo de su elección de viaje a Hawái, donde tendrían sexo en la playa durante una semana seguida. Y no se refería a la bebida.

No podía esperar.

Hasta entonces, mantendría la vista en el premio mientras su diosa del sexo interior se divertía por el camino. Tenía siete días para mantener relaciones sexuales ocasionales con el mayor número posible de hombres. ¿Qué podría ser más excitante que eso?

Brooke dio un golpecito con el pie y miró hacia las vías. ¿Dónde diablos estaba ese tren?

Tenía que seducir a un hombre y ganar una apuesta. Mientras esperaba impaciente, empezaron a sonar los acordes de un saxofón, llenando la estación de metro con una melodía romántica en medio de la monotonía y la suciedad de la ciudad. Era un sonido seductor, perfecto para poner a Brooke de buen humor. Abrió el bolso y sacó un espejo y brillo de labios. Mientras se retocaba los labios, el estómago se le llenó de mariposas ante la expectativa de la noche que se avecinaba. Estaba impaciente por ver cómo se le iluminaban los ojos a Jean-Paul cuando entrara por la puerta del club. Estaba enamorado de ella. Y ella iba a aprovecharse de ello.

El metro finalmente rugió, las puertas se abrieron y Brooke siguió la corriente de gente que entraba en el gran cilindro plateado.

Encontró un asiento cerca del fondo, frente a un hombre de negocios que hablaba por el móvil, un par de adolescentes con auriculares y un par de turistas que hacían fotos. Otros dos hombres de negocios se apiñan junto a ella, uno a cada lado. Por suerte, el hombre de la derecha ocupaba menos espacio que el corpulento de la izquierda, cuyos tensos botones del traje parecían gravemente forzados por el esfuerzo de mantener encajada su gargantuesca barriga.

Era esa hora de la tarde en la que los oficinistas salían en tropel de los rascacielos y regresaban a sus casas en distintos puntos de la ciudad. Este tren en concreto iba del centro de Manhattan a Brooklyn, pero Brooke se bajaría antes de que el tren cruzara el puente de Manhattan, lo que la decepcionó un poco. Siempre le gustaba cruzar el puente de Manhattan porque le recordaba a cuando se mudó por primera vez a la ciudad, llena de vértigo por vivir en un lugar tan emocionante. Con su vibrante ajeteo, sus luces resplandecientes, su crisol de culturas y sus horarios nocturnos, Nueva York era todo lo contrario de la pequeña ciudad del Medio Oeste donde se había criado. Con el espíritu aventurero de Brooke, no podía imaginarse vivir en otro lugar.

Aunque le encantaba vivir en la ciudad, también había momentos en que le resultaba claustrofóbica, como ahora. Este vagón de metro estaba abarrotado de seres humanos, apretujados como sardinas en lata. Los olores tampoco eran mucho mejores. El olor corporal, el aliento a cigarrillo, los gases de la ciudad que emanaban de los poros de la humanidad, todo ello aumentaba la sensación de incomodidad de Brooke. Por suerte, los hombres sentados a ambos lados olían bastante bien. Al menos tenía eso a su favor.

Un tipo en particular olía muy bien. El de su derecha. Era más o menos de su edad, quizá unos años mayor, y leía un periódico. Tenía un perfil atractivo, con una nariz fuerte y aguileña y rasgos bien definidos. También tenía una buena constitución, por lo que ella podía ver. Cada vez que se movía, ella percibía un ligero olor a loción de afeitar. Normalmente, no le gustaba la colonia en los hombres, pero aquel tipo olía a limpio, masculino y bien arreglado.

Cuando el metro tomó velocidad, volvió a mirarle. Era guapo como un cincel, con una espesa cabellera castaña que le caía a ratos por encima de la frente y unas elegantes gafas rectangulares. Llevaba un bonito traje negro, una corbata que se había aflojado en el cuello y zapatos lustrados. Algo en él la intrigó, y su corazón se aceleró al evaluarlo subrepticamente. Parecía una combinación de empresario de éxito y artista (las gafas le daban un aire moderno y atrevido). Se preguntó a qué se dedicaría. Quizá ejerciera una profesión creativa, como director de programación de televisión. O quizá trabajara en un museo. Se lo imaginaba como un docente de alto nivel, guiando a los donantes adinerados por el Met. O tal vez tenía su propio negocio. Parecía posible, ya que tenía un aire de éxito, una confianza que la mayoría de los hombres no tenían. Eso la intrigaba.

Debió de notar que le miraba fijamente, porque levantó la vista hacia ella. Sus ojos eran verde pálido, con largas pestañas. Se clavaron en los suyos durante un segundo, y un escalofrío

recorrió su espina dorsal. Luego volvió a bajar la vista hacia su papel.

Le miró la mano. No tenía alianza. Era una buena noticia.

A medida que el tren avanzaba por las vías, ella se daba cuenta de cada empujón que hacía que su brazo rozara el de él. No sabía si él también se daba cuenta, pero algo en su lenguaje corporal le decía que sí. Llevaba mucho tiempo leyendo aquel artículo. De hecho, no había pasado de página desde que se habían sentado. Debía de ser un lector muy lento, o era tan consciente de su presencia como ella de la suya.

Le quedaban tres paradas más antes de su salida. Se preguntó dónde vivía aquel hombre o adónde iba. Se preguntó qué llevaría debajo del traje. ¿Era un hombre libre o llevaba unos elegantes calzoncillos? Apostó por los calzoncillos. Probablemente algo de diseño, como Calvin Klein. Su mirada se dirigió hacia abajo, hacia su entrepierna. No podía evitarlo. Cuando se sentía atraída por un hombre, siempre se fijaba en la mercancía. Sus amigas se burlaban de ella, diciendo que era tan mala como cualquier hombre de sangre caliente. Ella simplemente se encogía de hombros y sonreía, diciendo que quería saber lo que le estaba pasando.

En el caso de este tipo, parecía prometedor.

Levantó la vista y lo sorprendió mirándola fijamente. *¡Pillada!*

Sus labios esbozaron una media sonrisa y le sostuvo la mirada. Sus mejillas se sonrojaron. En lugar de apartar la mirada, se atrevió a mirarlo fijamente. Sus ojos se clavaron durante un largo y ardiente instante, que hizo que el calor se le subiera a la barriga. Había mucha comunicación entre ellos, aunque no se hubieran dirigido la palabra. Para un profesor de idiomas, esto era algo diferente... y excitante.

Volvió a mirar el periódico. Esta vez pasó la página y su codo rozó deliberadamente -o eso pareció- el pecho de ella. Le recorrieron cohetes de fuego por la columna vertebral y sintió cómo se le erizaban los pezones bajo el jersey. Aquel tipo sabía muy bien lo que hacía. Se dio cuenta por la sonrisa que se dibujó en sus labios. Volvió a darle la vuelta al periódico (vaya si leía rápido) y volvió a rozarle el pecho con el codo, provocando otra oleada de calor entre sus piernas.

Santo cielo, ¿qué está pasando?

La miró. "Lo siento. Esto está un poco lleno".

"No hay problema". Ella sonrió. "Un poco de un frasco de pepinillos, diría yo."

Sus labios se torcieron aún más. "Eso parece".

Mirándole a los ojos, añadió audazmente: "Pero en algunos casos, yo diría que es más un pepino que un pepinillo".

Parecía momentáneamente sorprendido, y luego sus labios se curvaron en una sonrisa socarrona. "¿Debería darte las gracias?"

"No, debería darte las *gracias*".

Arrugó los ojos y soltó una risita.

Bingo. Su humor los atrapaba siempre. Eso, y su audacia.

La evaluó con una mirada apreciativa, como si realmente la estuviera asimilando, y luego volvió a leer fingidamente su periódico.

Quería oírle hablar de nuevo. Su voz era profunda y melodiosa, el tipo de sonido masculino y ronco que siempre hacía que Brooke se mojara las bragas. No podía evitarlo. Había algo en una voz grave que la ponía al límite, y aquel tipo tenía la entonación perfecta. Podía imaginarse aquella voz gimiendo su nombre mientras él se aferraba a sus muslos y ella lo montaba como un poni.

Podía imaginarse esa voz gruñendo de liberación mientras él la penetraba, duro y rápido.

Oh, vaya.

Se abanicó con la mano, intentando controlarse. *¿Hace calor aquí?* No podía creer que este tipo le estuviera haciendo esto, sólo con su proximidad. Debía de estar muy cachonda. O eso, o su determinación de ganar esta apuesta había llevado sus sentidos a un nivel completamente nuevo. Era como si su sexualidad estuviera en alerta máxima esta noche.

Su parada se acercaba rápidamente. De repente, se enfrentó a una decisión que no sabía que iba a tomar esta noche.

¿Debería bajarse y seguir con su plan -el de seducir a su estudiante de francés- o seguir a este tipo hasta su parada (y posiblemente ser vista como una acosadora)?

Jean-Paul era algo seguro, ella lo sabía. Llevaban semanas flirteando en clase. Cada vez que ella repartía los papeles, sus dedos se rozaban y le corría electricidad por las venas. Él siempre se ofrecía a ayudarla a borrar la pizarra, a guardar los bolígrafos o a limpiar después de clase. Actualmente era su alumno favorito, con su pelo largo, su acento francés y su forma de comportarse.

Siempre había querido hacer el amor con un francés, y ésta era su oportunidad. Jean-Paul la había invitado a tomar unas copas, junto con otros alumnos de su clase como señuelo, pero la intención había sido clara. Esta noche iban a enrollarse. Y hasta ese momento, sólo había pensado en eso.

Pero ahora ese hombre de negocios estaba aquí, nublando su mente, confundiendo sus sentidos... seduciendo su cuerpo con su sola presencia...

Él volvió a moverse y ella olió de nuevo aquel embriagador aftershave. Estudió su atractivo perfil y él volvió a mirarla. Sus ojos verdes brillaban al encontrarse con los de ella. Le costó tragar saliva. Apenas podía respirar, y no era su claustrofobia habitual. Era ese hombre y la forma en que coqueteaba con ella. Y tampoco era su imaginación. Definitivamente *estaba* coqueteando con ella. Más que eso, la estaba seduciendo con sus ojos, su presencia, su forma de ser. Prácticamente la estaba desnudando con sus ojos, aunque su mirada no se había apartado de su rostro. Casi podía sentir sus pensamientos... y eran tan candentes como los suyos.

Él apartó la mirada y pasó las páginas de su periódico. Ella apenas podía respirar con la palpable energía sexual que había entre ellos. Oh, sí, este tipo iba a ser bueno en la cama, podía sentirlo. Si él podía hacerla sentir así de seca de boca y débil de rodillas a los pocos minutos de un viaje en metro, entonces ella sólo podía imaginar qué tipo de chispas podrían hacer en el dormitorio. Había una química innegable entre ellos, y ella sólo podía imaginar a dónde podría conducir, si se les daba una oportunidad.

Quería averiguarlo.

Esta noche.

Fue entonces cuando se decidió. Sabía lo que iba a hacer.

CAPÍTULO 3



DESPUÉS DE ENVIAR sus disculpas a Jean-Paul, Brooke se recostó en el asiento del metro con una sonrisa en los labios.

Su parada fue y vino.

Su cita con el sexy francés tendría que esperar a otra ocasión.

El metro avanzó a toda velocidad. El hombre de negocios siguió leyendo su periódico y ella continuó mirándole de reojo. Se sentía como una leona acechando a su presa.

Llegaron al puente de Manhattan. El tren avanzó a toda velocidad, por encima de la ciudad, y Brooke miró por la ventanilla las vistas que pasaban. A lo lejos, el horizonte brillaba y bailaba como un millón de hadas centelleantes. Era mágico... y más aún con aquel hombre delicioso sentado a su lado.

"Sí que es bonito de noche, ¿verdad?", dijo.

Miró hacia él y se encontró con sus ojos. ¡Zing! Una vez más, las mariposas se le agolparon en el estómago.

"Sí", dijo. "Me encanta esta ciudad".

"Yo también. Especialmente este puente". Sus ojos se detuvieron en los de ella. "¿Alguna vez has tomado este tren en particular por la noche?"

Sacudió la cabeza, incapaz de hablar por la forma en que él la miraba... y el tono seductor de su voz. No sabía a dónde quería llegar, pero sonaba como una especie de invitación.

"Deberías considerarlo", dijo. "Este largo tramo sobre el puente de Manhattan, sobre todo en un vagón de metro vacío, puede ser una experiencia neoyorquina encantadora".

"Parece que debería probarlo".

"Deberías". Su mirada se clavó en la de ella y unas punzadas de electricidad inundaron sus nervios.

"¿Sí?", preguntó.

Negó lentamente con la cabeza. "No. Pero siempre he querido".

Ella tragó saliva ante la mirada ardiente de él. Antes de que pudiera replicar, el tren empezó a frenar.

"Mi parada", dijo.

"La mía también", respondió rápidamente, y recogió su bolso.

El hombre dobla el periódico, se lo mete bajo el brazo y recoge su maletín del suelo.

El metro se detuvo con un chirrido y las puertas se abrieron. El hombre la miró mientras se ponía en pie. Le tendió la mano.

"Después de ti".

Ella sonrió, le dio las gracias y se bajó del metro. Él estaba justo detrás de ella, y fue

consciente de que la seguía escaleras arriba. No miró atrás. Sabía que estaba allí.

Salió a la calle y miró a su alrededor, sin saber dónde estaba. No estaba familiarizada con esta parte de Brooklyn.

"¿Te has perdido?", dijo a su lado una voz grave y melodiosa, y ella se volvió para mirar de nuevo al hombre de negocios.

"No", mintió. "Sólo estoy orientándome. Está muy oscuro. Mis ojos necesitan ajustarse". En realidad sonaba cómico, ya que no estaba tan oscuro con todas las luces de la ciudad iluminándolos. Pero no se le ocurrió nada más que decir.

"¿Vives por aquí?", preguntó.

"No. Sólo estoy... de visita."

Su ceja se arqueó. "¿Eres de fuera de la ciudad?"

"No. Vivo en Midtown."

"Yo también. También trabajo allí. ¿Qué te trae por aquí?"

"Amigos", mintió. "Voy a visitar a unos amigos. ¿Y tú?"

Sonríe. "Me dirijo a un pequeño club para ver la posibilidad de firmar con una nueva y próxima banda. Estoy en la industria musical".

"Parece un negocio apasionante".

"Lo es. Sobre todo cuando encuentras nuevos talentos". Hizo una pausa y la evaluó. "Oye, si tú y tus amigos estáis interesados, podría ser divertido venir a ver a esta banda. Actúan en un club a la vuelta de la esquina. Y yo disfrutaría de tu compañía. Si no tienes otros planes".

Bingo.

"Preguntaré a mis amigos", dijo, "pero seguro que les encantaría ir".

"Bien. Déjame apuntar la dirección". Sacó su cartera, sacó una tarjeta de visita y escribió algo en el reverso. Luego le puso la tarjeta en la mano. "Espero verte allí". Sus ojos se clavaron en los de ella por última vez y luego se marchó, adentrándose en la noche.

Miró la tarjeta. Wade Gilbert de Dilemma Recording Studios en Manhattan. En el reverso, la dirección del club.

La emoción le recorrió el corazón.

Iba a encontrarse con él. Y luego se lo iba a llevar a la cama.

Pero primero, tenía que inventar una historia de por qué aparecería sola.

Brooke se metió en un pequeño café, tomó un cóctel, volvió a aplicarse el brillo de labios en el baño y dejó pasar otra media hora antes de dirigirse al club. No quería parecer demasiado ansiosa. Las mujeres desesperadas desaniman. Por supuesto, ella era cualquier cosa menos desesperada. Estaba decidida. Pero Wade no lo sabía.

Por suerte, el club estaba cerca, así que no tuvo que andar mucho. Estaba en un edificio anodino de la calle principal. Cuando llegó, ya había una larga cola fuera. *Dispara*. Debería haber llegado antes.

Entonces lo vio. Wade. Saliendo del club.

Salió de la fila y se acercó a él. Se le iluminaron los ojos al verla.

"No pensé que vendrías", dijo.

"Mis amigos no estaban interesados", dice. "Así que vine sola".

"Me alegro". Sus ojos se detuvieron en los de ella. "El problema es que la banda no está aquí. Recibí un mensaje de que han estado atrapados en un túnel en el metro durante las últimas dos horas. Hubo un apagón y, al parecer, un tipo vomitó en el pasillo, lo que retrasó aún más el viaje.

No hace falta decir que me alegro de haber cogido el tren expreso hasta aquí".

"Yo también", dijo. "Lástima lo de la banda".

"Sí, es una mierda, especialmente desde que hice el viaje hasta aquí. Pero los veré en otra ocasión. Estaba a punto de irme. Me alegro de haberte encontrado de nuevo."

"Me alegro de que te alegres", dijo coquetamente.

Sonrió. "¿Puedo invitarte a una copa en algún sitio?"

"Claro", dijo ella. "Pero la idea de una larga cola no suena atractiva".

"Conozco un pequeño gran bar irlandés a la vuelta de la esquina. ¿Qué tal una pinta de Guinness y un plato de nachos irlandeses?"

¿"Patatas y bacon"? Me apunto. Sobre todo porque mi apellido es O'Brien".

Le brillaron los ojos. "¿Así que eres irlandés?"

"Sí", dijo ella.

"Debería haberlo adivinado por tus pecas. Son muy monas".

"Gracias. Mi madre los llamaba besos de sol".

"Sol de la suerte". Él la miró y a ella le dio un vuelco el corazón.

Normalmente, una frase así sonaría cursi, pero viniendo de él era sexy y prometedora.

Ladeó la cabeza y le miró. "El sol no tiene competencia".

"¿Por qué?"

"Porque no llegó a mis labios". Le sonrió a través de las pestañas. Dos podían jugar a este juego de frases cursis.

Sonrió con satisfacción. "Bueno, no queremos que se sientan abandonados". Se inclinó hacia ella, mordiendo el anzuelo. El primer roce de sus labios con los de ella le provocó una sacudida en el vientre. Sus labios eran suaves y cálidos, pero también insistentes. Sus lenguas se encontraron, se entrelazaron y chasquearon. La atrajo hacia sí, acercándole la cabeza con el dorso de la mano. Ella le rodeó el cuello con los brazos, dejándose llevar por su abrazo y la sensación de sus labios sobre los suyos.

¡Maldita sea, besaba muy bien!

Se besaron así durante un largo rato. Luego él se apartó. Sus ojos se clavaron en los de ella. "He querido hacerlo desde la primera vez que te vi en el tren".

"Yo también", dijo ella. El corazón le latía a mil por hora en el pecho.

La miró durante un largo momento y luego le ofreció el brazo. "¿Vamos a por esa bebida?"

"Vamos". Ella le cogió del brazo con una sonrisa. Mientras caminaban por la calle, volvió a oler su loción de afeitar. Le recordó su flirteo en el metro... y las insinuaciones que habían seguido.

"Entonces", dijo ella mientras caminaban, "¿de qué iba esa conversación en el tren? Ya sabes, ¿la parte sobre querer coger un vagón de metro desierto para cruzar el puente de Manhattan?"

"Es algo que siempre he querido hacer", dijo enigmáticamente, con una pequeña sonrisa en los labios. "He oído que no hay mucha gente en el tren a altas horas de la noche. Y al parecer, ese tramo a través del puente de Manhattan es uno de los viajes en metro ininterrumpidos más largos".

"Suena interesante".

"Podría ser". Él la miró, y sus entrañas se apretaron ante su expresión. Era bastante obvio lo que tenía en mente.

El mismo que el de ella.

"Me gusta la idea de un viaje ininterrumpido", dijo.

"Yo también. Sabes, podríamos compartir un tren de vuelta a Midtown más tarde..."

"Podríamos".

"Tal vez deberíamos matar algo de tiempo aquí en Brooklyn así aumentamos nuestras posibilidades de encontrar un tren vacío".

"Suenas como un plan".

Se sonrieron, la química crepitaba entre ellos. Luego entraron en el bar irlandés para matar el tiempo tomando cerveza y nachos antes de volver a la ciudad...

CAPÍTULO 4



LAS HORAS PASARON RÁPIDAMENTE en el acogedor bar irlandés. Brooke no tardó en emborracharse con una Guinness. Wade y ella compartieron historias y llegaron a conocerse. Se enteró de que Wade dirigía un pequeño pero influyente sello discográfico y había descubierto algunos grupos de los que Brooke había oído hablar. A pesar de su éxito, era sorprendentemente humilde. También parecía interesarse por ella, lo que la desconcertó, teniendo en cuenta que lo tenía por un simple ligue de una noche. Le preguntó sobre la enseñanza y se rió cuando ella le habló del acrónimo MESLS de su escuela. Le reveló que su madre era profesora y le dijo que sentía un gran respeto por la profesión, lo que le alegró el corazón. Cuando se enteró de que ella hablaba con fluidez otros dos idiomas además del inglés, empezó a hablarle en español. Conversaron así durante una hora, riendo y hablando hasta que se les fue el tiempo. Mientras conversaban, sus piernas o sus dedos rozaban los de ella, provocándole el mismo estremecimiento que desde el primer momento en que se conocieron.

Pronto se hizo tarde. El bar empezó a cerrar y Brooke siguió a Wade hasta la puerta con una sensación de expectación en el estómago. Sabía lo que le esperaba en el metro de vuelta a casa... o al menos eso creía.

Esperaba con todo su ser que pudieran encontrar un coche vacío.

Mientras esperaban en la estación de metro, Wade le entrelazó los dedos y tiró de ella para que quedara frente a él. La miró con aquellos llamativos ojos verdes y luego se inclinó y la besó.

Casi se le doblaron las rodillas cuando sus labios tocaron los suyos esta vez. Sabían ligeramente a menta, y ella se preguntó si se habría tomado una menta a escondidas antes de besarla. La acercó y la besó tan profundamente que ella se quedó sin aliento.

"Es sólo un anticipo de lo que está por venir", dijo, justo cuando el tren se puso en marcha.

Ella le siguió hasta el primer vagón, pero pronto salieron porque había gente en él. Él la llevó rápidamente de un vagón a otro hasta que encontraron uno vacío. Se acomodaron en los asientos y él la miró.

"Esperemos que nadie se suba a última hora".

Observaron las puertas y, cuando por fin se cerraron, Brooke respiró aliviada.

Estaban solos.

Gloriosamente solo.

Los dos solos en un vagón de metro, y un largo viaje exprés por delante... por el puente de Manhattan.

Se volvió hacia ella y le pasó un dedo por los labios, separándolos suavemente.

"Siempre he fantaseado con esto", susurró.

"¿Sobre qué?", preguntó ella con timidez, sabiendo muy bien lo que estaba diciendo.

"Esto", dijo, y deslizó la mano por detrás del cuello de ella. La acarició hacia arriba, le agarró un puñado de pelo y la acercó a él.

Su beso estaba lleno de hambre, de pasión. Fue menos un beso que un reclamo. Su boca exigía la suya, y la lengua de ella encontró la suya con igual fervor. Sus brazos la rodearon. Ella se acercó, se agarró a su cuello, separó los labios y dejó que él la atrajera por completo. Con el pecho agitado por el deseo, se dejó poseer por él, envuelta en el calor de su beso.

Sus manos encontraron el cuerpo del otro. Él encontró sus pechos a través del vestido de cachemira, y su tacto febril hizo que sus pezones se pusieran duros bajo el sujetador.

Le quitó la chaqueta y la corbata. Luego le desabrochó la camisa. Se quedó sin aliento al ver su pecho cincelado, evidentemente fruto de muchos entrenamientos. Sus ojos brillaron ante su reacción. Inclino la cabeza y le lamió desde el hueco del cuello hasta los firmes músculos pectorales. Su piel estaba tentadoramente caliente.

Era divino. Dios, cómo lo deseaba. Lo deseaba.

El metro avanzaba a toda velocidad y, en la visión periférica de Brooke, podía ver las luces de la ciudad a lo lejos, centelleando como diamantes.

Miró hacia fuera y luego susurró con voz ronca: "Estamos casi en el puente de Manhattan".

"Será mejor que nos demos prisa", dijo ella, y le quitó la camisa de un tirón.

Le besó el cuello y tiró de ella hacia arriba. Sentía cómo su erección se tensaba debajo de ella, y su corazón se apretó al imaginárselo dentro de ella.

Se agachó y palpó dentro de su bolso hasta encontrar uno de los preservativos que ella y sus amigas habían reunido para este fin.

Colocó el preservativo en el asiento de al lado. Él se dio cuenta y enarcó las cejas. "Me alegro de que estés preparada".

"Siempre", respondió. "Creo en las mujeres que toman las riendas de su vida".

"Definitivamente me gusta la idea de que una mujer esté al mando", dijo en tono bajo, y luego le mordió ligeramente el lóbulo de la oreja.

Ella gimió y se agarró a su cuello. Él se levantó un poco y ella sintió cómo se bajaba la cremallera y los pantalones. Miró hacia abajo. Efectivamente, llevaba unos calzoncillos Calvin Klein blancos. La firme y oblonga erección era visible contra el algodón. *Tan sexy...*

Se levantó y se bajó los calzoncillos. Se le amontonaron en los tobillos, junto con los pantalones. Algo en verlo desnudo de cintura para abajo con los zapatos aún puestos la excitaba. Era como si estuvieran a punto de hacer algo ilícito, tabú.

Bueno, lo eran. Sexo en un lugar público, incluso si estaban solos en el vagón de metro, definitivamente calificado como ilícito. Peligroso. Era excitante.

Deslizó las manos por su pecho, y luego más abajo. Respiró cuando sus dedos encontraron la polla tesa, tan preparada para ella. El glande era bulboso y húmedo bajo su tacto, y su longitud era gruesa... la más gruesa que había sentido nunca. Joder, este tío se iba a sentir bien dentro de ella. Empezó a acariciarlo, arriba y abajo, hasta que su respiración se aceleró. Él gimió y empujó su mano. Ella apretó el agarre y esparció el semen por el pene, lubricándolo. Se le secó la boca de anticipación y se le aceleró el corazón al pensar en follar así, con ella encima, mientras Nueva York pasaba a toda velocidad por las oscuras ventanas.

Le abrió las piernas y deslizó las manos por debajo del jersey hasta encontrar su ropa interior. Ella levantó las nalgas para que él pudiera quitársela.

Su cabeza bulbosa se introdujo en su abertura. Respiró al sentirlo tan cerca de su sexo húmedo. Con un rápido empujón, podría estar dentro de ella. Pero lo primero era lo primero...

Ella le entregó el condón.

Con los ojos clavados en los de ella, lo abrió de un tirón y lo deslizó sobre su cuerpo. Ella se agarró a su cuello y abrió más las piernas. Él le subió el vestido por los muslos para que quedara totalmente expuesta ante él. Miró hacia abajo y vio su glánde entre sus piernas.

Le separó los labios. Ella levantó las caderas. Su polla subió, empujando a través de su apretada y húmeda abertura. Ella se hundió en él, y él dejó escapar un fuerte gemido.

"Jesús", gruñó. "Estás tan apretado."

Por suerte, estaba mojada, lo que facilitó el camino. Era tan grande que casi dolía, pero deliciosamente. A medida que avanzaba por sus estrechos y húmedos pliegues, su cuerpo se estremecía ante la deliciosa sensación de que la llenaba. Era tan grueso que dilataba sus paredes. Se aferró a su cuello, jadeando. Él encontró sus labios y la besó profundamente, al tiempo que iniciaba una lenta y ardiente embestida hacia arriba. Le clavó los dedos en los muslos y tiró de ella hacia abajo, luego hacia arriba y luego hacia abajo de nuevo.

Empujaba hacia abajo cada vez que él subía, correspondiendo a cada embestida. Un dolor tan dulce y delicioso. Estaba hambrienta de él, insaciable. A pesar de que la estaba llenando hasta el borde, tan profundo que podía sentir su cabeza roma contra el cuello del útero, aún no era suficiente. La presión aumentaba. Empezó a jadear fuerte, y luego a gritar, con cada oleada urgente a través de su sensible canal.

"Fóllame fuerte", gruñó él, tirando de ella hacia arriba y hacia abajo sobre él con tanta urgencia que sus muslos golpearon sonoramente contra las piernas de él. "Más fuerte, nena."

Ella se abalanzó sobre él, sus pieles golpeándose, la polla de él atravesando sus paredes sin piedad. La recorrieron sacudidas de placer y su interior se tensó. Sintió que sus paredes internas se cerraban rítmicamente en torno a él, ordeñándolo.

El metro cruzó a toda velocidad el puente de Manhattan y ella se vio reflejada en la ventanilla: los ojos vidriosos y el pelo húmedo mientras giraba encima de aquel hombre glorioso y sexy. Se agarró a su espalda fuerte y ondulante. El placer era casi demasiado. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito de éxtasis cuando él la penetró.

No había nada más que ellos dos en este coche, en su propio pequeño mundo de éxtasis y placer adormecedor. Nada más que ellos dos juntos, moviéndose al unísono.

La presión, el placer, aumentaban. Sintió que se estrechaba a su alrededor. Sus uñas se clavaron en su húmeda espalda. Sus sentidos se agitaron y jadeó al sentir su polla reclamándola con necesidad posesiva, tan rápido y tan fuerte que no podía recuperar el aliento.

Todo su cuerpo se estremeció mientras sus entrañas palpitaban rítmicamente alrededor de él, apretando, apretando, estrujando su dura longitud. *Qué bien*. El orgasmo crecía a medida que su cuerpo clamaba por la liberación. Cerró los ojos y gimió.

Su ritmo respiratorio aumentó y los músculos de su espalda se tensaron.

"¡Joder!", gritó él, y entonces ella sintió su polla palpar e hincharse. La liberó con un rugido carnal, atravesándola con tanta fuerza, tan febrilmente, que ella pensó que podría venirse abajo.

Su cuerpo palpitaba y se estremecía a su alrededor, absorbiendo todo lo que podía obtener de él. Luego se desintegró, ardiendo por completo. Oyó gritos femeninos agudos y se dio cuenta de que eran los suyos.

Se aferró a su cuello mientras las olas se sucedían. Finalmente, la dejaron retorcida y la arrojaron a la orilla.

Se desplomó en sus brazos, gimoteando. Él la estrechó entre sus fuertes brazos, aún respirando con dificultad.

Disfrutando del resplandor, se dio cuenta de que seguía temblando. No recordaba la última vez que había tenido un orgasmo tan bueno y potente.

Qué manera de empezar la apuesta.

Le acarició el pelo. "Eso fue absolutamente increíble."

No podía hablar. Todavía estaba demasiado excitada por la fuerza de su sexo.

El tren empezó a aminorar la marcha.

Se levantó de un tirón. "Mierda, estamos casi en la siguiente parada." Él la sacó con cuidado. Ella no pudo evitar admirar lo enorme que era, incluso cuando su polla había empezado a desinflarse. Rápidamente se quitó el condón, y luego lo enrolló en una bola empapada.

Se inclinó, sacó un Kleenex del bolso y se lo entregó.

Envolvió el condón empapado en él y la miró con pesar. "Vaya, me he corrido mucho".

Sonrió. "Me alegra saber que he tenido ese efecto en ti". Encontró su ropa interior y se la puso rápidamente. Se bajó la falda y se pasó una mano por el pelo. Se vistió rápidamente, se abrochó la camisa y se puso la corbata y la chaqueta, justo cuando el metro entraba en la estación.

La gente no tardó en llegar, llenando el coche.

Wade miró a Brooke con una sonrisa socarrona. Se inclinó hacia ella y le susurró: "Gracias por hacer realidad mi fantasía".

Sonrió con satisfacción. "Nunca volveré a mirar el puente de Manhattan de la misma manera".

Sonrió satisfecho. "¿Cuándo es tu parada?"

"El siguiente".

"La mía es la de después, pero me bajaré contigo".

"Gracias", dijo ella, "pero no es realmente necesario".

"No me importa". Le dirigió una mirada que le hizo revolotear de nuevo el vientre. Maldita sea, este tipo era adictivo.

Una droga que no sabía que ansiaba.

CAPÍTULO 5



EL TREN se detuvo y ellos bajaron.

En la estación de metro, Wade cogió a Brooke de la mano y subieron juntos las escaleras. Fuera, en las borrascosas calles de Manhattan, pasaban la gente y los taxis. El Empire State Building se alzaba cerca, magnífico y austero.

Se inclinó y la besó. "Eso fue genial."

"Me lo he pasado muy bien".

"Me encantaría volver a verte", dijo.

Sus palabras la conmovieron. Esperaba que se largara, como haría la mayoría de los hombres después de un encuentro casual. Al fin y al cabo, el sexo entre desconocidos no solía llevar a nada más. A ella le parecía bien que cada uno siguiera su camino. Sin ataduras. Sin complicaciones.

Y sin embargo aquí estaba Wade, complicando las cosas.

"¿Me das tu número de teléfono?", preguntó.

"Gracias", dijo con el estómago hecho un nudo, "pero no es realmente necesario". Al pronunciar las palabras, se dio cuenta de que habían sonado mal. Sonaba como una zorra fría. ¿Cómo podía explicarle que se había comprometido a una apuesta y que él no podía ser parte de nada más allá de esta noche? Tuvo suerte de conocer por fin a un hombre que le interesaba y que también estaba interesado en ella... y no pudo volver a verlo.

Lo mejor es arrancar el vendaje rápidamente.

Ella le miró a los ojos. "No tienes que preocuparte por conseguir mi número de teléfono. Dejémoslo como algo de una noche. Te estoy dejando libre".

Sus cejas se juntaron. "¿Y si no quiero que me suelten?".

"No tengo sitio en mi vida para nada más allá de esta noche", dijo bruscamente.

Se le encogió el corazón al ver su expresión. Parecía confuso, dolido. Sorprendentemente vulnerable para un hombre tan seguro y exitoso.

Maldita sea, ahora estaba actuando igual que todos los hombres que la habían utilizado y dejado de lado, antes de que se endureciera y aprendiera a jugar. Sonaba amargada, como una mujer hastiada a la que habían herido demasiadas veces y que había jurado utilizar a los hombres como ellos la habían utilizado a ella.

¿En eso se había convertido? La idea la llenó de horror. ¿Se había acostumbrado tanto a una vida de encuentros casuales que ya no estaba abierta a nada significativo? ¿Tan bajo habían caído sus expectativas?

No, se dijo a sí misma. Ella había *elegido* esta vida. *Elegía* ser una mujer felizmente soltera a la que le gustaba obtener placer para sí misma en forma de encuentros casuales. No había nada

malo en ello. No se avergonzaba de disfrutar del sexo por sí mismo. La verdad era que ahora no tenía tiempo para una relación. Había elegido vivir una vida sin complicaciones, y ahora este hombre la estaba confundiendo. No era culpa suya.

Tenía que concentrarse. Tenía una apuesta que ganar. Un nuevo apartamento que alquilar. No podía dejar que la duda la invadiera.

La miraba con expresión extraña. "Creo que lo hemos pasado bien. Me gustaría volver a verte. ¿Cuál es el problema?"

Respiró hondo, haciendo acopio de su fuerza interior. "Estarás bien. Estoy segura de que tienes muchas mujeres compitiendo por tu atención".

Funció el ceño. "¿Qué se supone que significa eso?"

Se encogió de hombros. "Tal como suena".

Sacudió la cabeza. "No entiendo lo que está pasando aquí".

La irritación se hinchó en su pecho. "¿Qué, porque no caigo rendida a tus pies? Estoy segura de que eso es a lo que estás acostumbrada. Vale, seré clara. Nuestro encuentro fue genial, pero me parece bien que sólo sea eso. No soy de esas chicas que esperan una llamada o esperan algo más allá de una noche".

"¿Pero y si lo hago? ¿Y si me interesa ver más de ti? ¿Y si quiero ver adónde me lleva esto?". La miró fijamente. "Nunca había conocido a una mujer como tú. Me intrigas".

De repente se dio cuenta de lo que estaba pasando. Soltó una risita. "Oh, ya veo lo que está pasando. Te gusta la persecución".

No sonrió. "¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Jugar duro para conseguirlo? Porque no me gustan los juegos".

Su sonrisa se desvaneció. "No", dijo sinceramente. "Eso no es lo que estoy haciendo. Es sólo que la mayoría de los chicos..."

"No soy como la mayoría", dijo. "Si me dieras media oportunidad, podrías aprenderlo". Sus ojos se clavaron en los de ella. "Es sólo un número de teléfono, no una puta proposición de matrimonio".

"Bien", dijo, "porque eso es lo más alejado de mi mente".

"Claramente. Pero no te preocupes, eso tampoco está en mi mente. Sólo quería volver a verte. Llevarte a una cena agradable. Pero obviamente no estás interesada".

No sabía qué decir. Si refutaba su afirmación, le estaría abriendo la puerta, cosa que no podía hacer. Pero si lo confirmaba, estaría mintiendo.

La expresión de sus ojos la desconcertó. Eran interrogantes y también estaban llenos de anhelo, lo que la sorprendió y desconcertó. Estaba acostumbrada a que los tíos se largaran después de ligar, y no sólo le parecía bien, sino que lo agradecía. Sólo placer. Sin complicaciones. Sin ataduras.

Y sin embargo, aquí estaba este hombre dándole la vuelta a todo.

Tenía razón. Definitivamente no era como ningún otro hombre que hubiera conocido.

La timidez se apoderó de ella ante su expresión intensa e inquisitiva. No sabía qué pensar de la situación. Él estaba desafiando sus expectativas sobre cómo terminaría la noche. Ella tenía su plan y él la estaba desestabilizando.

Sabía que lo mejor sería excusarse y salir corriendo. Debía mantenerse fuerte y no dejar que él la agotara. Había hecho una promesa a sus amigos, una apuesta...

Pero algo en esa noche, y en él, la hizo cuestionarse todo su plan. Era innegable que habían compartido algo especial. Y era algo más que su química fuera de lo común o su forma de hacer el amor. Era más que la excitación del metro o el placer del momento.

Él le había hecho *sentir* algo, y eso no era algo que ella hubiera esperado. No era algo para lo que estuviera preparada.

"Voy a estar ocupada durante un tiempo", dijo ella, evitando su mirada. "No tendré tiempo para salir".

"Bien", dijo, su voz se volvió distante. "Lo entiendo. Sólo pensé..." Se encogió de hombros. "No importa lo que pensé". Hizo una pausa. "Bueno, tienes mi número. Llámame si alguna vez decides que te interesa".

"De acuerdo", dijo ella. Se le hizo un nudo en el estómago. Este rollo de una noche empezaba a ser muy... complicado.

Se inclinó hacia ella y le dio un último y largo beso. Se apartó para mirarla. La expresión de sus ojos verdes la dejó sin aliento. Era innegable que había algo entre ellos. Algo poderoso.

¿Pero cómo podía ser? Se habían acostado en el metro a las pocas horas de conocerse. Se suponía que no era más que un rollo de una noche.

La confusión se arremolinaba en su cerebro.

"La pelota está en tu tejado", dijo. Luego se dio la vuelta y se marchó calle abajo.

Le observó hasta que dobló la esquina, con el corazón agarrotado.

No era así como debía sentirse.

De hecho, no debía sentir nada.

Pero lo hizo... y ese fue el problema.

¿QUIÉN GANARÁ LA APUESTA? ¿SE ENAMORARÁ ALGUNA DE LAS MUJERES POR EL CAMINO? DESCÚBRELO LEYENDO LA PRÓXIMA ENTREGA DE ROMANCE: ENCUENTROS ARDIENTES (ENCUENTRO DE MALIA - 3)



EN *ENCUENTRO DE MALIA* - 3, la temeraria cubana Malia seduce a su antiguo preso en libertad condicional en un peligroso parque... ¿pero será el peligro de su encuentro más de lo que ella pueda soportar?

OTROS LIBROS DE MONIQUE DUBOIS

Lee el resto de **ROMANCE** de Monique: **QUICKIES serie:**



DESCRIPCIÓN:

Siete amigos que viven en Nueva York. Una competición inusual. ¿Quién puede tener más encuentros sexuales en una semana? Diez mil dólares están en juego...

Quickies son historias eróticas del tamaño de un bocado en que siguen a un grupo de mujeres que viven en Nueva York y compiten por ver quién tiene más encuentros casuales en una semana. ¿Qué mujer se acostará con más hombres para ganar la apuesta? ¿Se enamorará alguna de sus conquistas por el camino?

Estos tórridos libros pueden leerse por separado o como parte de la serie *Quickies*. 18+ para contenido erótico

Esta serie está siendo aclamada como una moderna y erótica *Sexo en Nueva York*.



Consigue **GRATIS** Encuentro 1 y descubre cómo empezó todo.

OTROS LIBROS DE MONIQUE DUBOIS



LEA LA exitosa serie de Monique **JET-SETTING ESCORT**:



DESCRIPCIÓN:

Desde que tengo uso de razón, mi vida ha sido aburrida y predecible. Tengo un trabajo mal pagado y practico el sexo del misionero con mi novio de toda la vida, que me llama "con forma de pera" (y no en el buen sentido). Nunca he estado con más de un hombre ni me he explorado sexualmente. Eso es para chicas sexys y delgadas. Chicas con vidas excitantes. Chicas que yo no soy.

Cuando una serie de acontecimientos hacen que mi vida caiga en picado, me encuentro en una mansión de Hollywood Hills, mirando a un extraño guapísimo y sexy que me acelera el corazón. Nunca olvidaré nuestra primera noche juntos. Ni la siguiente. Sorprendentemente, quiere pagarme mucho dinero sólo para tenerme como su diosa sexual personal. Y lo mejor de todo es que no es el único.

Pronto descubro mi sexualidad por primera vez, atrapada en el excitante y glamuroso mundo de la prostitución de lujo. También me descubro a mí misma: la mujer independiente, sexy y segura de sí misma que estoy destinada a ser. El problema es que no puedo dar mi cuerpo sin dar mi corazón. Me estoy enamorando de más de un hombre, y ellos de mí. No puedo elegir sólo a uno... ¿O sí?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 1)

Ariella conoce a Brant, un sexy corredor de esquí olímpico millonario que sacude su mundo. Pero, ¿tiene él un lado secreto?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 2)

Ariella continúa su relación con Brant, el sexy esquiador olímpico con un secreto. Pero el atractivo de un misterioso multimillonario la atrae...

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 3)

Ariella conoce a Sterling, el misterioso multimillonario con un lado oscuro. ¿Serán sus sentimientos por él suficientes para superar su pasado? ¿Y qué pasará cuando Brant vuelva a aparecer?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 4)

Ariella seduce a Westcott, un artista rico y melancólico que le promete el mundo. Pero cuando aparece un hombre de su pasado, ¿a quién elegirá?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 5)

Ariella conoce a dos sexys gemelas idénticas que la invitan a cenar y a beber... y a mucho más. Pero, ¿qué ocurrirá cuando reaparezcan dos hombres de su pasado? ¿Y qué dirá cuando uno de ellos le proponga matrimonio?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 6)

Ariella debe elegir entre los hombres ricos y sexys que la quieren, cada uno con sus propios (ejem) atributos. ¿Qué hombre ganará finalmente su corazón? ¿O se alejará de todos ellos?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 7)

Ariella elige por fin al hombre con el que pasará el resto de su vida. Es rico, sexy, tiene éxito y le da el mejor sexo de su vida. Pero, ¿podrá olvidar a los otros hombres que también le robaron el corazón?

ESCOLTA de la Jet-Setting (Libro 8)

La vida amorosa de Ariella es todo lo que siempre había soñado: ardiente, tórrida y romántica. La vida es perfecta... hasta que conoce a los adinerados padres de su prometido. ¿La aprobarán? Y si no lo hacen, ¿sobrevivirá su relación?

JET-SETTING ESCORT: Navidad en Seattle

Es Nochebuena y Ariella, que viaja en avión, y su marido están en Seattle para asistir a una elegante fiesta. Tras un tórrido encuentro en lo alto de la Aguja Espacial, Ariella entra en el salón de baile y descubre que un amenazador desconocido ha revelado un secreto de su pasado a todos los presentes. Aunque Ariella pone cara de valiente, su carácter se ve cuestionado por la persona en la que más confía: su sexy y millonario marido. Cuando se encuentra en las oscuras y lluviosas calles de Seattle en Nochebuena, se enfrenta a la posibilidad de que su felicidad para siempre no sea lo que parecía.

¿PONDRÁ en peligro el pasado de Ariella todo lo que ella aprecia, o prevalecerá el amor para que pueda vivir la Navidad de sus sueños después de todo?

CAJAS CON DESCUENTO

[Jet-Setting Escort \(Juego de libros 1-4\)](#)

[Jet-Setting Escort \(Boxed Set Libros 5-7\)](#)

[Jet-Setting Escort \(Caja 1-7\)](#)

OTROS LIBROS DE MONIQUE DUBOIS



El capricho navideño de Monique DuBois [SKI SLOPE SPARKS](#)



DESCRIPCIÓN:

¿UN ENCUENTRO DE UNA NOCHE... O AMOR PARA SIEMPRE?

JAMIE FIELDING CUENTA los días que faltan para sus vacaciones navideñas de esquí. Por desgracia, cuando su infiel novio cancela en el último momento, parece que va a pasar la Nochebuena sola. En lugar de eso, un malestar por la altitud la lleva a la enfermería de la estación, donde se encuentra en compañía de un médico sexy y carismático. Tras una noche llena de pasión en una acogedora cabaña de esquí, Jamie se despierta en los brazos del mejor regalo de Navidad... el doctor Wyatt Tremaine. Sin embargo, su nuevo vínculo se ve amenazado cuando aparecen los amantes de sus pasados. Por suerte, la magia de la época se impone y pronto Jamie y Wyatt vuelven a estar abrazados, experimentando el tipo de chispas que están destinadas a encender un fuego duradero... y a darles unas Navidades para recordar.

ACERCA DE LA AUTORA

Para saber más sobre la autora, Monique DuBois, visita www.matchscort.com